

PROLOGO

Por JUAN SAN MARTIN

(Asesor de Bellas Artes de Guipúzcoa,
Miembro de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País
y de la Real Academia de la Lengua Vasca)

El damasquinado puede resultar un nombre anacrónico e impropio para un producto cuya cuna, en su moderno concepto, fue Eibar y no Damasco. Quede bien claro que los "objetos de Eibar" tienen menos de Damasco que lo que puedan tener las porcelanas de Sajonia y Staffordshire de las de China. Los inventores o transformadores del sistema fueron afortunados en la investigación y puesta en práctica de una labor artesanal que dió vida esplendorosa a la villa armera eibarresa durante varios lustros. Pero no tuvieron acierto en la denominación: *damasquinado*. En realidad, el nombre era para ellos un detalle secundario.

Y esto, para que no quede duda alguna, merece su explicación. En la tradición armera eibarresa, que data, no ya de la época de la Ilustración, como creen algunos historiadores de la armería, sino de los propios comienzos del Renacimiento. Los testimonios históricos de la fabricación de armas de fuego portátiles en la cuenca del río Deva, en Guipúzcoa, se remontan a finales del siglo XV. Pero, ¿desde cuándo se conoce la ornamentación de las armas con incrustaciones de oro y plata?. No se tiene noticia cierta. El primitivo procedimiento de la ataujía, que consiste en recamar filamentos de oro y de plata en ranuras o huecos previamente abiertos en hierro o acero, está presente en algunas de las armas fabricadas en Eibar durante el siglo XVIII, a juzgar por las que se conservan en algunos museos de Europa y América y en el de la Escuela de Armería del propio Eibar, donde se guarda una pistola fabricada por Ignacio Bustinduy. Además, en las postrime-

rías del siglo XVIII, el estadista Jovellanos nos dejaría constancia de ello en su *Diario*, en el que recuerda la visita realizada a la armería eibarresa: “Los cañoneros saben incrustar perfectamente las miras y puntos de plata y las piezas de adorno de oro en el hierro, y pavonarle con la mayor perfección”. Testimonios que vienen a constituir los antecedentes de lo que hoy conocemos por *damasquinado*.

Pero hay una sensible diferencia entre aquel procedimiento por embutición y el de recamado sobre una superficie con fina picadura a rayas entrecruzadas, que permite manejar los hilos y las láminas de oro con mayor libertad y que favorece el alcanzar una mayor complejidad en la perfección del dibujo. Este se hace más complicado y preciso, y a la vez se consiguen relieves y sombreados sobre el propio noble metal que se ha ido insertando. Sin embargo no seré yo quien describa las complicadas técnicas de ejecución, cuando otros especialistas en la materia pueden exponerlas mucho mejor, y precisamente, viene a ser la finalidad de la presente obra. El texto de éste libro pretende memorizar toda la trama que encierra este arte tan característico a la manera que se desarrolló en Eibar, poniendo a prueba las dotes de varias generaciones de eibarreses, que llegaron a alcanzar la admiración del mundo entero y dieron honra al pueblo que los vio nacer. Y no es ninguna exageración, pues harto elocuente resulta la referencia que hizo el poeta José Martí durante la época de su estancia en los Estados Unidos: “No está John Whittier el cuáquero que, como los obreros de Eibar, repuja en hierro, blando a su mano, hilos de plata y oro, y con hoja de perla, los matiza y recama”.

Eusebio y Plácido Zuloaga, padre e hijo (que a su vez eran abuelo y padre del gran pintor eibarrés Ignacio Zuloaga), fueron los dos grandes artífices que introdujeron las innovaciones en la modalidad tradicional y, al mismo tiempo que cambiaron los procedimientos, le dieron nuevas aplicaciones. Ellos, como hábiles orfebres, partieron de la experiencia de la tradición armera vasca, a la que añadieron largas y pacientes investigaciones llevadas a cabo sobre la primitiva ataujía. Trabajaron muy principalmente en el museo de Dresde, analizando armaduras antiguas procedentes de Damasco. Fueron ellos los que, por este motivo, le dieron el nombre de *damasquinado*.

Eusebio realizó sus estudios de armería junto a su tío Ramón en la fábrica de Placencia, desde 1822 a 1827. Más tarde proseguiría en Francia, con el maestro Lepage, y en St. Etienne. Destacó como experto armero y extraordinario cincelador. Para mediados del siglo XIX él utilizó la punceta afilada para la preparación del fondo y superficie donde se recamaría la plata y el oro. El crear esta nueva modalidad fue fundamental para el avance en el perfeccionamiento del dibujo con el noble metal sobre las planchas de hierro o acero, facilitando el manejo del hilo de oro sobre la superficie con picadura romboidal, casi microscópica. Su hijo Plácido que desde temprana edad mostró pericia en el repujado y cincelado, consiguió otras mejoras en el nuevo sistema, como es el de estriado a cuchilla en lugar de la punceta. Perfeccionamiento básico para alcanzar cotas más exigentes en el dibujo y embutición del metal que, paulatinamente, le permitió avanzar hacia mayores logros, derivando cada vez más hacia otras artes aplicadas, distintas de la armería, a las que se denominarían “objetos de Eibar”. Padre e hijo crearon escuela y de sus manos y de las de sus discípulos salieron maravillosas arquetas, jarrones, ánforas, relojes, joyeros, bandejas, estatuillas, broches, pulseras, tortugas pisa-papeles con timbre, peinetas, etc., piezas dignas de un Benvenuto Cellini. Pero también espadas, dagas y cortaplumas con la marca “Toledo” en el cuello o en la empuñadura, atraídos sin duda por la fama de los antiguos aceros toledanos. Una ligereza comercial que Eibar había de pagar muy cara a medida que crecía la competencia y se discutía la paternidad del nuevo *damasquinado*, pues la generosidad de Plácido y sus discípulos hizo extensible a Toledo la reforma técnica, adiestrando a los artesanos de la ataujía tradicional.

Conviene recordar que los Zuloaga, padre e hijo, eran muy entendidos en arte y adaptaron sus motivos ornamentales a los gustos del estilo victoriano inglés o al del segundo imperio francés, que se llevaba en la época. Eran cuidadosamente refinados en la composición. Siguieron las influencias de las corrientes románticas primero, y modernistas después. Aceptaron en buen grado las modas neorenacentistas y neoarabescas que se adaptaban muy bien a sus objetos, realizando exuberantes composiciones con motivos grotescos y entrelazos alicatados.

La decadencia vino a consecuencia del estancamiento repetitivo en lo ornamental. Tras la muerte de Plácido, entre sus discípulos faltó solidez de cultura artística y con ella la orientación necesaria para impulsar el espíritu creativo para la transformación que todo arte requiere. Si en Toledo se ha logrado mantener por más tiempo, se debe al entorno de su ambiente, favorecido por su ubicación en un lugar privilegiado para el turismo, al amparo de sus monumentos y museos de arte, la proximidad de la cerámica talaverana y el recuerdo imborrable de la tradición de sus aceradas espadas que alcanzaron tanta fama.

Eibar ha tenido y sigue teniendo excelentes ejecutores. Pero hoy, a pesar de los inconvenientes impuestos por el vertiginoso encarecimiento del noble metal y la mano de obra, hay que reconocer que le falta el impulso transformador que sólo puede venir a partir de profundos conocimientos de las artes aplicadas. Cosa que, en su día, no les faltó a aquellos emprendedores.

Sin embargo, aquel gran éxito vino porque una colectividad de artesanos fueron capaces de comprender, asimilar y entregarse a la tarea creativa. Un medio ambiente donde los Zuloaga encontraron las condiciones adecuadas para cultivar y desarrollar su arte. Conducta ejemplar de un pueblo, por el que no se puede perder ninguna esperanza.

Es evidente que las transformaciones han derivado hacía otros productos industriales. La historia prosigue su curso ininterrumpidamente. Pero a efectos de valoración proporcional es muy posible que en estos momentos nos encontremos en un nivel inferior. ¿Será que nuestra formación técnica no ha seguido paralelamente a la humanística?. Es motivo de reflexión. Un cambio de valores condiciona automáticamente las formas de vida y de ahí se deriva la demanda; pero que aún así puede no ser desfavorable si se sabe preveer con suficiente antelación y preparar nuevos planes.

El hecho es que Eibar no ha sabido mantener, salvo honrosas excepciones, la formación de personal cualificado al nivel que le exigía su pasado histórico. Recordemos que, desde la época de los Austria, la propia armería real necesitaba su apoyo relacionándose muy estrechamente con los gremios armeros de Placencia y Eibar. Los Zelaya, Ezenarro (D'Zenarro), Usatorre, etc., fueron armeros del rey antes que Blas Zuloaga (padre de Eusebio) llegara a la corte. Aquí se sabían mantener al día los avances técnicos y se forjaban cañones inigualados por los fabricantes de otras zonas de la Península. Cañones que por su liviandad y resistencia les hacían acreedores de ser los principales proveedores de los reales ejércitos, manteniéndose a la cabeza de la especialidad, al igual que ha ocurrido con los "objetos de Eibar".

Esa postura puede no ser irrecuperable. El eibarrés se las ha ingeniado en las circunstancias más adversas de la historia para salir triunfante de las etapas de crisis y, de nuevo, cual ave fénix, se ha de elevar a poco que procure conservar su valeroso tesón de hombre sociable y laborioso.

Para terminar, he de decir, que el presente libro expone una historia bien documentada, tanto por sus textos como por sus ilustraciones. Una historia necesaria para mostrar lo que un pueblo ha sido capaz. Sus páginas expresan ante todo la ética de un pueblo. La conducta humana que constituye una gran parte de la vida y gloria de Eibar. Lección del pasado, ejemplo para el futuro.